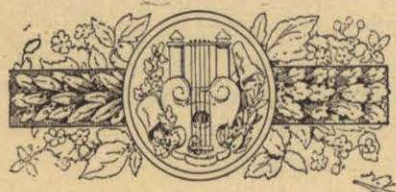


que rueda irresistible, arrolladora,  
y hundiendo el nombre obscuro,  
va del Pasado, envuelto en bruma densa,  
al brillante horizonte del Futuro!  
¡Ver cómo flota y flotará valiente  
la obra mía en el piélago inclemente,  
del uno al otro extremo de la tierra,  
mientras aliente yo, cuando haya muerto,  
como el audaz bajel, al que no aterra  
la tempestad, y con el mar en guerra,  
vuelve gallardo y triunfador al puerto!

Ese sueño tan dulce y tan hermoso  
perturbará el reposo  
de mi edad juvenil, y si no acierto  
á eternizar mi halagadora idea,  
que, á lo menos, mi pobre poesía  
en otro corazón renacer vea,  
y al calor de su dulce simpatía,  
palpite en él feliz, y amada sea!



## ERNESTO DE HERVILLY

### EN EL JARDÍN

Las cinco. Me levanto;  
salgo al jardín: ¡qué plácida frescura!  
¡qué grata soledad!, ¡qué dulce encanto!,  
¡qué paz tan deliciosa y tan segura!  
Surgió ya la mañana;  
pero ningún vecino todavía  
se asoma inoportuno á la ventana.  
El sol su primer rayo nos envía  
y caprichoso encaje  
de luz borda en el húmedo follaje.

Todo es hermoso y puro. Clavo ansiosa  
la vista en una rosa,  
que sin temor ni agravios,  
coquetuela á la vez y candorosa,  
ofrécame, á través de la enramada,  
recién abiertos sus carmineos labios.  
Me acerco, y la corola delicada  
para mí exhala su exquisita esencia.  
Avergonzado pienso, y confundido  
que por el mero azar de mi presencia  
el virginal tributo he recibido;  
que con premio sobrado  
pagada está mi matinal visita,  
y, todo colorado,  
le digo: «Usted perdone, señorita.»



## DURANTE EL SITIO DE PARÍS

## GUARDIA EN EL CAMPO

Es ya media noche. El cierzo  
 sopla penetrante, frío,  
 glacial, como en la explanada  
 del legendario castillo  
 de Elseneur. El arma al brazo,  
 voy y vengo, helado y rígido:  
 seiscientos veintidós haces  
 de heno custodio y vigilo.  
 En las horas apacibles  
 de los ensueños idílicos,  
 esa es mi consigna. Lejos  
 suenan unos cuantos tiros,  
 que el silencio augusto rompen  
 de vez en cuando. Dormidos  
 no están nuestros compañeros  
 allá en la vanguardia; el pico  
 pronto á la réplica tienen,  
 si alza el gallo el enemigo.  
 ¡Bravo, camaradas! Mientras,  
 aguardo, siempre en mi sitio,  
 la patrulla, y llevo al hombro  
 un viejo fusil, roído  
 por el hollín, como lleva  
 en la fiesta del domingo  
 cualquier devoto cofrade  
 un ahumado Crucifijo.  
 Paseo arriba y abajo,  
 hago en el aire castillos;  
 y cuando ruge á lo lejos  
 la guerra, el olor pacífico  
 del apilado forraje  
 á boca llena respiro.

## LAS BLUSAS NEGRAS

Veo á los chicos del barrio  
 salir gozosos de escuela.  
 Embadurnados de tinta,  
 arrastran por las aceras

que dora el sol de la tarde,  
 libros rotos de hojas sueltas.  
 Los grandes, á pie juntillas,  
 gritando y haciendo muecas,  
 trazan los giros extraños  
 de alguna danza grotesca;  
 y los otros, los pequeños,  
 rompen filas y se alejan  
 para buscar afanosos  
 la codiciada merienda.  
 ¡Afortunadas criaturas  
 sin cuidados y sin penas!  
 Oyendo su alegre charla,  
 que tan bulliciosa suena  
 en el ambiente apacible  
 de otoño, nadie dijera  
 que devastan nuestros campos  
 los horrores de la guerra,  
 si en el tropel de muchachos  
 de ropa rota y mugrienta,  
 no viéramos otros niños  
 —¡contraste que al alma llega!—  
 paliduchos y ojerosos  
 con flamantes blusas negras.